

PERSONA Y COMUNIDAD: SUSTENTABILIDAD DE UN CAMINO HACIA LA PAZ

José Ricardo Perfecto Sánchez
ricardo_perfecto7@yahoo.com.mx

RESUMEN

La coexistencia de violencia y paz en todas sus manifestaciones ha sido siempre un estigma del ser humano, desde su presencia originaria en el mundo hasta la fecha, reconociendo que este fenómeno social ni ha sido uniforme ni igualitario en intensidad a través de la historia. Violencia y paz sociales han sido el producto de las decisiones libres del hombre considerado individual y socialmente. Ordinariamente se ha preocupado por su bienestar material, postergando su atención espiritual, que no excluye al primero. Esta visión reduccionista del hombre ha propiciado la violencia, incrementada tanto en la actualidad que nos obliga a reconstruir una cultura de paz, basada en una concepción vital del hombre nuevo como persona y miembro participativo de un comunidad. Para ello recurrimos al análisis y síntesis de especialistas en el estudio sobre la Paz y naturaleza total de todo ser humano.

Palabras clave: persona, comunidad, violencia, paz y sustentabilidad.

SUMMARY

Violence and peace coexistence in all their expressions, they have been a stigma of human being always, since original presence in the world until today, recognizing that, this social phenomenon has not been uniform neither equally in regard to intensity through history.

Social violence and peace have been product of free decisions of women and men, considered individual and socially. Ordinary both have been taken great care for obtaining material comfort, leaving behind their spiritual attention, which doesn't exclude the first one.

This reductionist vision of man has propitiated violence increased in our days so that it

constrains us to rebuild a culture of peace founded on vital conception of new man like a person and participative member of community. For this, we resort to analysis and synthesis of expersts on studies about peace and total nature o every human being.

Key words: person, community, violence, peace and sustaintability.

INTRODUCCIÓN

Podemos seguir hablando y escribiendo más y más de violencia y de paz como reflejo del incremento de hechos violentos por doquier, o bien como expresiones del lenguaje humano que revelan nuestras aspiraciones de alcanzar una paz social duradera. Pero hasta el presente, pareciera que aquéllos sofocan y acallan los gritos desesperantes, que abogan por la paz sin conseguirla, y éstas van desapareciendo de las conciencias desilusionadas ante la realidad social que nos rodea, caracterizada por la inseguridad física y estructural, por la inmunidad, por el constante deterioro de los recursos naturales, que benefician económicamente a los poderosos y perjudican a los más débiles, y por la mayor desigualdad entre ricos y pobres.

Este escenario es repetitivo en las últimas décadas. Se está haciendo rutinario. Se está llegando al punto de la intolerancia para todos aquéllos que han abusado del poder del dinero, implicado en diversos sectores, reproduciendo no sólo las mismas escenas de desigualdad e injusticias, sino peor aún, agravándolas por razones de extensión e intensidad. Las palabras humanas se han deshumanizado, los discursos se han vuelto pragmáticos y utilitarios en el mejor de los casos. Los seres humanos en cualquier parte del mundo estamos asediados con murallas invisibles de los medios informativos masivos, haciéndonos creer en el progreso y desarrollo de los pueblos por medio de la ciencia y tecnología, ciertamente esto es verdad en parte, pero a la vez, obstaculizan con “buenas razones” nuestros espacios de reflexión y crítica para poder reencausarlos hacia la reconstrucción de un mundo menos violento y más pacífico.

Para alcanzar este objetivo y no meta, es necesario salir de las sombras de la duda e incertidumbres, de la oscuridad de la ignorancia y de las tinieblas del error, buscando respuestas verdaderas a nuestros interrogantes surgidos de la visión de la sociedad actual, de la que formamos parte o como simples espectadores pasivos o como agentes de cambio social. Pues, la sociedad en que vivimos es el producto de nuestras decisiones, incluyendo la evasión voluntaria de los problemas de hoy.

Mi propósito en la elaboración de este artículo no es escribir por escribir, sino que es compartir con ustedes estas reflexiones filosóficas en torno al concepto de paz en el marco referencial de la violencia de todo tipo, que se vive en la actualidad, para que, conociéndola mejor, nos atraiga más, iluminando el Camino a seguir, que nos conduzca a ella.

El contenido de este escrito consta de cuatro puntos: 1) Convivencia tolerante en la paz con la violencia; 2) La sociedad como un conjunto de relaciones individuales; 3) La comunidad como un conjunto de relaciones interpersonales; y 4) Sustentabilidad de una paz duradera.

1.-Convivencia tolerante en la paz con la violencia.

Un primer paso para encontrarnos con el Camino que nos facilite hacer un recorrido constante hacia una paz social duradera es entender, comprender y ser parte de una convivencia tolerante en paz con la violencia. Por una parte, podemos constatar que es mucho más fácil hablar de violencia como un fenómeno social a erradicar de nuestro medio con aceptación de los hechos, pero a la vez, con indignación por su presencia impune y creciente a tal punto que se le considera como un mal necesario.

Sin embargo, no sucede lo mismo al hablar de la paz, ya que, a pesar de que todos queremos la paz concebida a nuestra manera de ver las cosas, a la hora de analizarla, se le suele considerar como algo carente de sustento real y por supuesto “científico” en los medios académicos. Pero, la realidad nos muestra muchos hechos violentos en sociedades, donde la mayoría vive en paz, pero con miedo a ser víctima de la violencia. Se trata pues, de un binomio de realidades concretas y opuestas que luchan entre sí por conseguir un objetivo, la paz como sinónimo de un mejor bienestar, un mejor modus vivendi, pero por senderos diferentes: uno, el de la injusticia y egoísmo, y el otro, el de la justicia y el amor al prójimo.

Se trata en el fondo de un problema antropológico y social, cuyas alternativas de solución al mismo no son suficientes ni eficaces por insistir en soluciones aisladas y reduccionistas como suele suceder en la aplicación de los saberes “científicos” al margen de las aportaciones de otros saberes, que no son reconocidos en la modernidad como saberes científicos, y entre éstos está el conocimiento filosófico. Por eso, Coreth señala que “(...) el problema metodológico general de un antropología filosófica es el de cómo puede ser a un tiempo antropología (científica y categorial) y filosofía (reflexiva

y trascendental); como se ve es el problema de la relación hermenéutica entre la universalidad o totalidad filosófica y la regionalidad o particularidad científica(...)” (Ortíz-Osés, Andrés, 1976: 104).

Obviamente, las ciencias particulares requieren también de reflexión, pero es solamente de tipo reflexivo discursivo, a partir de fenómenos singulares y particulares sometidos a un método positivista, que les permite formular leyes generales, que tienden a ser reconocidas universalmente, pero niegan la posibilidad en el hombre de conocer algo verdaderamente trascendente, es decir, algo que rebase entitativamente lo empírico. En cambio, el saber filosófico asume como tarea propia responder a los interrogantes originarios y últimos del sentido existencial de los tres objetos de estudio de un filósofo o pensar radical, que son mundo, hombre y Dios. Bastaría para ello recordar a los grandes representantes de la Filosofía a través de la historia, tales como Sócrates, Platón, Aristóteles, Agustín de Hipona, Tomás de Aquino, Guillermo de Occam, Descartes, Hume, Kant, Hegel, Marx, Heidegger, Husserl, Coreth etc., quienes, entre otros, dieron respuestas a tales preguntas en su momento, sin haber agotado el conocimiento convergente en unas y divergente en otras.

Por ello, el problema de la violencia y de la paz es un problema prevalentemente humano, en términos de la concepción vivida, que se tenga del hombre. Es decir, la respuesta que cada uno dé a los interrogantes: ¿quién soy yo?, ¿cuál es el sentido de mi existencia?, y ¿para qué estoy en este mundo? Estas respuestas no deben ser solamente del orden especulativo y teórico sino también encarnadas en nuestras acciones cotidianas de vida.

Más, aún conscientes de estas respuestas vitales, unas encaminadas por la violencia y otras por la paz, no podemos olvidar que todo ser humano actúa libremente y por ende es responsable de sus actos. Su libertad es como una brújula, que tiene en sus manos y con ella dirige sus pasos hacia cualquier punto cardinal de su propia existencia.

Por ello, podemos visualizar dos tipos de hombres: unos violentos y otros pacíficos; pero ninguno en estado puro, ni sólo violento ni sólo pacífico sino que solemos ver a hombres y mujeres más violentos que pacíficos, y a la inversa. Sin embargo, si realmente queremos construir una sociedad menos violenta, debemos empezar por ser tolerantes ante la presencia de encuentros violentos, para poder convivir unos con otros. Con esto no se quiere decir que estemos de acuerdo con los hechos violentos perpetrados por nuestro prójimo, como si justificáramos las injusticias, sino que las toleramos en un momento extremo como un mal menor y sobre todo para darle

oportunidad al victimario de cambiar de rumbo de vida.

2.-La sociedad como un conjunto de relaciones individuales.

Se sabe que el núcleo de toda sociedad es la familia. Esta a su vez, está conformada por padres e hijos o al menos por los esposos. Por eso, desde Aristóteles se tuvo la idea de que <el hombre es un animal político por naturaleza>, es decir, todo ser humano es sociable por naturaleza, pues somos el fruto de dos, padre y madre, quienes engendran a sus hijos. Surgen en principio, desde el seno familiar una serie de relaciones entre ellos. Y éstas se han dado ordinariamente por un amor recíproco total.

Sin embargo, estas relaciones están expuestas a un comportamiento fragmentado de ellos en contra del sentido integral de todo ser humano, quien fundamentalmente es individuo, ciudadano y persona. El riesgo en esto, es el poder dar solamente una respuesta parcializada a la pregunta ¿quiénes somos?, y tal y como dice el doctor Bugossi: “ ¿El ser humano es solamente parte de la naturaleza cósmica como si fuera una planta más o un animal altamente evolucionado, pero finalmente sin dejar de pertenecer al mundo de las cosas? Más aún, ¿el ser humano está destinado a nacer, crecer y morir en la inmanencia cósmica de tal manera que como humano estaría proyectado hacia la nada, como afirma Sartre” (Bugossi, Tomaso, 2006: 55).

Si fuera esto verdad, nuestras aspiraciones de superación, y por consiguiente nuestras acciones, estarían encaminadas a la satisfacción de nuestras necesidades meramente físicas y materiales, que no son para nada despreciables sino estimables, pero no son las únicas. Es cierto que lo primero que aparece en nuestra conciencia, al considerar al hombre, es su unidad, gracias a su corporeidad individual. Si permaneciéramos en esta dimensión de comportamiento, nuestras relaciones serían solamente individuales, y así estaríamos aprobando hasta cierto punto la teoría de Hobbes sobre el estado originario de la naturaleza del hombre, quien afirma que éste:

“(…) es el reino del instinto y las pasiones, de la libertad absoluta e ilimitada, de la voluntad arbitraria e irracional. Es un estado de multitud inorgánica, de fuerza, violencia, desorden, anarquía. En el estado de naturaleza no hay justicia ni injusticia. El único criterio de moralidad es el egoísmo; la única norma de derecho natural la propia utilidad; el único bien la propia conservación y el propio provecho; la única medida de derecho, la del más fuerte. Los hombres aislados son todos iguales y libres y tienen un derecho igual a todas las cosas. Todo está permitido (...) El hombre aislado no está sometido más que al determinismo de sus pasiones que le arrastran a conseguir su propio bien, su conservación,

el placer y el bienestar para su cuerpo, y la gloria, que es el placer del alma” (Darós, W. et al., 2007: 283-284. Cf. Hobbes, Th. 1994: II, 13).

Al leer este texto, pareciera que describiera hasta cierto punto el vasto panorama social del mundo actual. Sin embargo, si nos parece válido afirmar que la concepción y vivencia de lo que significa ser humano, reducido a su individualidad nos inclina hacia un comportamiento violento consigo mismo y con los otros, ya que los bienes que se persiguen en esta línea de reflexión suelen ser efímeros.

“Sin duda, dice uno de los expertos en estudios para la paz, la violencia es lo que preocupa a los defensores de la justicia y los derechos humanos, si ella no existiera, probablemente no hablaríamos de paz. En este sentido podríamos decir que la violencia podría ser vivenciada como la ruptura de un orden establecido, de una armonía preexistente, de unas condiciones de vida en las que se cifran las expectativas de existencia humana” (Martín M., J. Manuel, 2003: 8).

Pero, cuidado, una cosa es que la violenciasea un fenómeno real, producto del ser humano y otra cosa muy distinta sería la afirmación de que la violencia es congénita al hombre. ¿Dónde quedaría entonces la realidad de nuestra libertad? Por eso, “la propia Unesco celebró en noviembre de 1989 una reunión interdisciplinaria de científicos relacionados con el estudio de la violencia, donde redactó el llamado <Manifiesto de Sevilla> en el que se enunciaban los siguientes postulados: la violencia no está genéticamente determinada (...)” (Martín M., J. Manuel, 2003: 9)

Por el contrario a la tesis de Hobbes, Rousseau sostiene que “(...) la naturaleza ha hecho al hombre feliz y bueno, pero la sociedad lo deprava y hace malo y miserable. Siendo el hombre bueno por naturaleza, el criterio de moralidad será seguir siempre a la misma naturaleza, y la consigna de toda consigna recta y moral será el retorno a ella. Esto explica por í solo todos los vicios de los hombres y todos los males de la sociedad” (Darós, W. et al., 2007: 284).

De todo esto podemos inferir que, cuando las relaciones humanas se reducen solamente a la consideración intersubjetiva, considerando al hombre sólo desde la perspectiva de su individualidad, los seres humanos quedamos expuestos a convertirnos en victimarios o víctimas o a ambas condiciones, cuyo producto es la creación de una sociedad inestable, fácil presa de explotación y opresión.

3.-La comunidad como un conjunto de relaciones interpersonales.

Un segundo paso en el Camino hacia una paz social y duradera consiste en dar otra respuesta a las preguntas vitales de todo ser humano desde una perspectiva filosófica incluyente del ser humano concebido como individuo y persona. Desafortunadamente la equivocidad práctica de muchas palabras que invaden al mundo de las comunicaciones masivas hace más difícil el recorrido por un Camino hacia la paz. Y entre ellas están los términos de persona y de paz. Pues, la mayoría de la gente suele emplear la palabra persona y la palabra individuo como sinónimos, pero no lo son. Pues, ésta es importante, pero a la vez, si se toma aisladamente, es fragmentaria y suele conducir a la violencia. No sucede lo mismo con la palabra persona, preñada de un significado total e integral del hombre, que al pronunciarse no basta hacerlo con la boca sino con los hechos.

Al respecto, dice Coreth, “La antropología filosófica encuentra en la <auto-comprensión> humana, en cuanto campo <propio> del hombre el objeto y sujeto de su tarea explicativa, la cual consiste en la obtención de una comprensión específica de lo que el hombre es. El modo propio humano de comprenderse representa así la experiencia originaria del hombre: se trata de un a priori concreto y de una pre-comprensión capaz de integrar toda otra experiencia y comprensión” (Ortiz-Osés, Andrés, 1976: 103). De donde se sigue que el ser humano no solo debe ser conceptualizado y vivido como “objeto” sino también como “sujeto”. No se excluye la individualidad sino que queda implicada en la subjetividad del ser humano.

Por eso mismo, agrega el mismo autor que:

“(…) la mediación dialéctica entre el fenómeno del <mundo> (realidad) y su significado (sentido) –se complementan-. Según la fenomenología trascendental recogida por Coreth, el mundo o mundanidad constituye, en cuanto realidad y lugar primigenio e experiencia humana, un fenómeno fundamental de la existencia humana. Pero en cuanto fenómeno. Ha de ser explicado, fundamentado, retrotraído y trascendido a su fundamento de sentido: el ser como realidad incondicionada e incondicional y como último horizonte del hombre y del mundo. El ser, la experiencia del ser, constituye así la última <condición posibilidad> del mundo, e.d., de la experiencia de la realidad.

De este modo la finitud, infinitud, condicionalidad y relatividad de nuestra experiencia mundana queda aquí trascendida y referida a la incondicionalidad

del ser en su sentido, y de este modo queda garantizada asimismo la incondicionalidad de la verdad y del valor en cuanto dimensiones <entitativas absolutas>, e.d., fundadas en la absolutez del ser” (Ortiz-Osés, Andrés, 1976: 105).

Esto no incluye una separación del conocimiento científico particularizado, porque “el filosofar es, por su misma naturaleza sintético: procede por síntesis y armoniza los resultados de la ciencia. En conclusión, la filosofía es el vértice de la pirámide del conocimiento humano. El oficio intelectual de la filosofía, también en su carácter poliédrico, es constante garantía de la unidad de la totalidad del saber (...)” (Bugossi, Tomaso, 2006: 19).

Dentro de este aspecto de síntesis filosófica, el ser humano es capaz de descubrirse no solo como individuo, en cuanto posee un cuerpo humano dotado de sensaciones, emociones, sentimientos, y pensamientos con la capacidad de razonar racionalmente, valga la redundancia, y voliciones. Así, descubrimos al ser humano como un ser racional. Pero, también somos capaces de descubrir en él, una inteligencia, que nos permite intuir y poder armonizar libremente todas las demás facultades nuestras como seres humanos. Somos pues, no solamente una <substancia individual de naturaleza racional> como lo afirmó Boecio, cuya afirmación está tomada del libro de Wojtyła, Persona y Acción (Wojtyła, K.: 1982: 90) .

Mas, Tomás de Aquino explicita algo más acerca de la persona, al decirnos que el hombre es “un subsistente distinto de naturaleza intelectual” (Di Napoli, Ioannes, 1950: II, 490). Esta explicitación nos permite acceder mejor a la comprensión total del ser humano, al interpretar a Wojtyła al respecto con estas palabras <por hombre entiende al ser humano que se comporta pasivamente ante lo que ocurre, mientras que con el término humano indica al hombre en cuanto actúa con conciencia y voluntad como agente causal de su obrar. En cambio cuando usa la palabra persona, refiriéndose al hombre como ser humano, quiere decir que se trata de la realidad concreta total del hombre, materia y espíritu, cuerpo y alma, individuo y persona> (Cf. Wojtyła, K., 1982: 158-159).

Una respuesta de esa naturaleza a los interrogantes iniciales promoverá ciertamente un conjunto de relaciones intersubjetivas personales, en las que cada persona asume su responsabilidad como individuo-persona y cuyo resultado será la reconstrucción de una sociedad transformada paulatinamente en una comunidad, en la que todos, supuestamente, colaboren en la construcción de una sociedad menos violenta, donde predomine la tolerancia, el respeto, el compromiso y la participación activa. Esta

sociedad sin dejar de serla, es algo más, es una comunidad de personas.

4.-Sustentabilidad de una paz duradera.

Al recorrer las páginas de la historia universal, es fácil detectar un sinnúmero de guerras civiles, regionales y algunas mundiales, a las que hay que sumar incontables actos violentos intrafamiliares y sociales. Estos sucesos, en la mayoría de los casos, no han sido superados ni por guerras, ni concordatos, por una parte, y por otra, ni con “cárceles de alta seguridad” ni otro tipo de sanciones. “El concepto de violencia, según el doctor José Manuel Martín Morillas, intenta abarcar y explicar todas estas tendencias autodestructivas de la especie, si hacemos un balance de los cambios producidos al respecto en los dos últimos siglos, podríamos llegar a concluir que vivimos en el momento más violento de la historia de la humanidad” (Martín Morillas, José Manuel, 2003: 11).

Pero, hay algo más, pues a la violencia física y directa, hay que agregarle la violencia estructural, la cual, aunque siempre ha estado presente en el mundo humano, se ha incrementado tanto en el último siglo que es urgente pensar en la necesidad de buscar alternativas diferentes, que coadyuven a una promoción efectiva de <sustentabilidad de una paz duradera>. Al respecto, el doctor José Manuel reafirma lo dicho, al decirnos que el cree que:

“(…) los grados de violencia han crecido enormemente en los últimos siglos, sobre todo porque las actuaciones humanas hacen que millones de personas no satisfagan sus necesidades, cuando los niveles productivos y tecnológicos lo permitirían, si en los procesos de toma de decisiones, se tuvieran en cuenta otros criterios. El egoísmo y la ambición desmedida, una socialización poco <humanizada>, puede que estén incidiendo más de la cuenta en estos procesos” (Marín M., José Manuel, 2003: 12).

Al analizar con cuidado este texto, detectamos que esta deplorable situación se debe en parte, pero de una manera altamente significativa, al tipo de relaciones individuales que permean a las distintas sociedades del mundo, menospreciando el ejercicio de relaciones interpersonales que son las que construyen sociedades menos violentas, ya que en ellas no se ve ni se da un trato a los otros como medios cosificados y productivos sino como personas que gozan de un fin en sí mismo y de los mismos derechos humanos.

Esta panorámica social nos obliga urgentemente a detener este recorrido de violencia, replanteándonos el concepto de paz como una realidad alcanzable, aunque sólo sea

de manera imperfecta, ya que la paz, más que un valor más entre tantos otros, es la síntesis de todos los valores. Y, aunque éstos no existen en sí mismos sino en las cosas, en los individuos y en las personas y solamente pueden ser descubiertos por el hombre, sin embargo existen en tales sujetos. Por consiguiente, la paz no es una ilusión, sino un conjunto de valores, los cuales, una vez que han sido descubiertos por cada uno de nosotros, nos atraen y podemos libremente ir tras de ellos o volverles la espalda.

Entre tales valores, destacan dos de ellos, a saber, la justicia social y el amor. Estos valores son propios del ser humano en cuanto persona. La vivencia personal de ellos transformarán nuestras relaciones individuales en relaciones interpersonales, que generarán una sociedad comunitaria, donde prime la paz social concebida, no como un fruto perfecto, sino como un alimento cotidiano, que hay que tomar constantemente, para ir creando una comunidad menos conflictiva y violenta, porque no debemos olvidar que las relaciones intersubjetivas estarán siempre sujetas al libre arbitrio del ser humano, de modo que ellas están abiertas a presentarse como relaciones meramente individuales o bien como relaciones interpersonales. La mayor consistencia de estas últimas, nos permitirá disfrutar de una sustentabilidad de paz duradera.

Para ello, es necesario integrar armónicamente las dos clases de relaciones humanas en términos de que la palabra integración "(...)" se utiliza para referirse a la realización y manifestación de un todo y una unidad que aparece basada en cierta complejidad, más que como reunión en un todo de lo que estaba previamente desconectado" (Wojtyla, K. 1982: 223).

En este contexto discursivo, vienen las palabras del Doctor Vicente Martínez Guzmán, quien afirma que:

"La teoría de la paz como pretensión no es puro positivismo seudorealista o realista ingenuo, que cree que puede dejar los hechos como están, pero tampoco el ingenuo idealismo que dice <peor para los hechos>. Ciertamente peor para los seres humanos que padecen los hechos como están. Por ello, al hacer teoría de la paz estamos comprometidos, de manera universal, en la transformación de los hechos que hacen peores las cosas para los seres humanos, por una parte porque tenemos criterios, patrones, modelos de crítica y transformación de los hechos, y en este sentido <pretensión>, alude a su sentido etimológico de <tender hacia adelante>, <estirar hacia el futuro>; es una teoría que nos compromete hacia un futuro de reconstrucción y reconocimiento de los mismos derechos de interlocución para todos los seres humanos, tal como teóricamente descubrimos que podemos explicitar en la propia trama del discurso" (Martínez

Guzmán, Vicent, 1995: 8).

A manera de conclusión.

Hablar de conclusión en este tema, sería incongruente, al haber considerado a la paz como un proceso constante, basado en un conjunto de relaciones interpersonales, como el camino a recorrer día tras día. Por lo mismo, preferimos terminar este escrito, enfatizando la necesidad de ir creando una cultura de paz social en medio del respeto irrestricto a la multiculturalidad existente.

Para ello, quiero recurrir a las palabras de la doctora Annalisa Noziglia, con quien comparto esta reflexión suya: “La cultura es pues, principalmente educación, <paideia> y prevee el uso de todas las facultades del hombre y de todos los objetos aptos para la formación. Tales objetos pueden ser todas las obras transmitidas que, ricas de valores permitan crear una <cultura nueva>, es decir, una tradición renovada, que confiada a otros, podrá dar frutos para renovaciones ulteriores” (Noziglia, Annalisa, 2004: 34).

Bibliografía

- Bugossi, Tomaso, (1996) *Metafísica del hombre y Filosofía de los valores según Michele Federico Sciacca*, tr. De José Ricardo Perfecto Sánchez, Toluca, México, Univ Forero, ersidad Autónoma del Estado de México.
- _____, (2003) *La formazione antrópica*, Milán, Edicolors.
- _____, (2006) *El Evidente Velado*, tr. de Carlos Daniel Lasa, Rosario, Argentina, ET-ET Convivio Filosófico.
- _____, (2006)
- _____, (2006) *Interioridad y Hermenéutica*, tr. de Carlos Daniel Lasa, Rosario, Argentina, ET-ET Convivio Filosófico.
- _____, (2006) *Lo spazio del dialogo*, Villa María, Argentina, ET-ET Convivio Filosófico.
- _____, ((2006) *Metafísica Antrópica*,tr. de Ricardo Perfecto Sánchez y William Darós, Rosario, Argentina, ET-ET Convivio Filosófico.
- Darós, William R., et al., (2007) *La percepción social de los derechos del otro*, Toluca, México, Editorial Cigome.
- Di Napoli, Ioannes, 1950 *Manuale Philosophiae*, t. II, Romae, Marietti.
- Hobbes, Thomas, (1994) *Leviatán*, 2 T., México, D. F., Gernika.

- Martín Morillas, José Manuel, (2003) Los sentidos de la violencia, Granada, Eirene.
- Martínez Guzmán, (1995) Teoría de la Paz, Valencia, Nau Llivres.
- Noziglia, Annalisa, (2004) Cultura e Civiltà, Genova, Edicolors.
- _____, (2006) Contemplazione: la metafísica antropica, Villa María Argentina, ET-ET Convivio Filosófico Ediciones.
- Ortíz-Osés, Andrés, (1976) Mundo, hombre y lenguaje crítico, Salamanca, Ediciones Sígueme.
- Perfecto Sánchez, José Ricardo, (2001), Una reflexión filosófica sobre el concepto de ser humano en estudios para la paz, Toluca, México, Universidad Autónoma del Estado de México.
- Rousseau, Juan Jacobo, (1992) El Contrato Social, México D.F., Editores Mxicanos Unidos.
- Sandoval Forero, Eduardo Andrés et al., (2006) Paz y Conflicto Religioso .Los indígenas en México, México, D. F.; Ediciones Caracol.
- Wojtyła, Karol, (1982) Persona y Acción, Madrid, BAC,
- _____, (1978) Educazione all' Amore, Roma, Edizioni Logos.

José Ricardo Perfecto Sánchez

tiene los Grados de Maestría y Doctorado en Filosofía extendidos por la Universidad Autónoma del Estado de México, y un Posdoctorado en Estudios para la Paz y Desarrollo por parte de la Universidad Jaume I de Castellón, España; cofundador de la Maestría en Estudios para la Paz y el Desarrollo en vinculación con varias Universidades españolas y profesor investigador en la UAEM.